XXXII DOMINGO ORDINARIO C/2007

Como seres humanos, tenemos algunos instintos innatos que nos empujan a continuar a vivir aunque sabemos que un día esta vida vendrá a un final. Por ejemplo, las parejas se casan y tienen niños con en la esperanza que sus niños los sobrevivirán a los padres. Un hombre de negocios espera que al menos uno de sus niños pueda seguir la tienda que él ha fundado. Los antiguos presidentes y primeros ministros de Estados establecen bibliotecas conmemorativas y escriben memorias, no necesariamente para la diversión, sino mejor dicho para que su trabajo pueda ser recordado después de ellos, y sus pensamientos sirven las generaciones a venir.

Todo esto expresa un deseo profundo en cada uno de nosotros, a saber que queremos vivir, y vivir para siempre. Las lecturas de hoy nos hablan de la vida después de la muerte y de la realidad de la resurrección. La primera lectura recuerda la persecución por la que el pueblo de Israel pasó bajo el reinado de Rey Antíoco Epifanes quien trató de obligar a los judíos a abandonar su fe y abrazar las prácticas contrarias a la Ley de Moisés. Entonces, siete hermanos y su madre fueron torturados y obligados a comer la carne de cerdo en la violación de la ley de Dios.

En vez de negar su fe, ellos aceptaron la muerte. Lo que es asombroso en el texto es el hecho que su coraje para soportar la muerte viene de la convicción que, aunque mueran, Dios que los ha creado les dará la vida eterna y los resucitara. Si esta familia no creyera en la vida después de la muerte, no habrían aceptado perder su vida en este mundo presente.

La esperanza en la vida eterna y la resurrección de los muertos es el punto clave en la discusión entre Jesús y los Saduceos en el Evangelio. En primer lugar, recordamos que los Saduceos eran uno de los grupos religiosos importantes en la sociedad judía. A diferencia de los Fariseos, los Saduceos aceptan como única Escritura la Ley escrita de Moisés y rechazan la autoridad de la tradición. Del mismo modo, ellos no aceptaron la existencia de los ángeles o los espíritus, tampoco creen en la resurrección de los muertos.

Cuando ellos vinieron a Jesús a fin de cuestionarle, seguramente querían ridiculizarlo sobre la resurrección de los muertos refiriéndose a la Ley de Moisés sobre el matrimonio (Deut 25, 5). Esta ley declara que si un hombre muere sin hijos, su hermano puede casarse con la viuda a fin de darle un heredero. Los hijos nacidos de tal matrimonio son considerados hijos del difunto. ¿El caso que los Saduceos traen a Jesús realmente es complicado, porque, si aceptamos la resurrección de los muertos, entonces a quien pertenecerá la señora en la vida después de la muerte, en porque siete hermanos la tomaron como esposa?

La respuesta de Jesús es clarad: Después de la muerte, no hay ningún matrimonio; y, por lo tanto, la pregunta no es sólo inútil, sino también irrelevante. De hecho, después de la muerte, aquellos que son juzgados dignos del reino de Dios ya no pueden morir, porque no solamente ellos son como ángeles e inmortales, sino también no son más sujetos a las pasiones humanas y deseos terrenales. Ellos son hijos de Dios, porque ellos serán resucitados. Por eso, ellos no necesitan más el matrimonio.

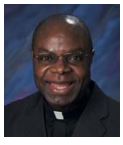
En otras palabras, Jesús quiere decir a los Saduceos que se equivocan seriamente al representar la vida después de la muerte como la continuación de la vida presente con sus pasiones y emociones o, de algún modo, como su mejora. Francamente, es algo completamente nuevo, una vida nueva con Dios para una felicidad eterna. Por eso, para Jesús, no hay ninguna comparación entre la vida humana compartida por todos, y la resurrección compartida por aquellos que son hijos de Dios.

En esta perspectiva, la muerte no es una ruptura en nuestra vida, sino una entrada en la proximidad de Dios donde no habrá más dolor o sufrimiento, no más rasgones, pero una felicidad completa en la presencia de Dios quién nos ha dado la vida. Del mismo modo, la resurrección de los muertos no significa una reencarnación, sino el principio de una nueva historia de nuestra vida con Dios.

Todas estas afirmaciones están basadas en el hecho que nuestro Dios no es un Dios de los muertos, sino de los vivos. Si Moisés llama "al Señor" Dios de Abraham, Isaac y Jacob, y no al de los muertos, entonces Dios seguirá siendo así para todos aquellos que mueren en él. En otras palabras, Dios es Dios vivo; porque él es Dios vivo, él da la vida a todo que existe en el mundo. Nuestra propia viva es una participación en la vida de Dios. Vivimos porque Dios comparte su vida con nosotros. Esto es la misma razón de nuestra esperanza en la resurrección de los muertos; a saber que nuestra vida que es una vida divina, es eterna. La vida de Dios, quien es nuestro comienzo no puede morir. Mientras Dios vive, viviremos con él.

Está es la clave de nuestra fe en Jesucristo; a saber, la esperanza para la vida eterna. A causa de aquella esperanza, cada uno de nosotros somos desafiados para vivir activamente la vida de Dios dentro de nosotros según el espíritu de Jesús, y no según los estándares del mundo, de modo que al final de nuestra peregrinación en la tierra vengamos para vivir eternamente con Dios en su reino.

La fe en la resurrección muestra la luz en todo que hacemos en este mundo, incluso nuestros dolores y sufrimientos en el mundo presente. Esto modifica nuestro la forma entera de ver la existencia humana y los problemas de este mundo. Aquella fe debe ser alimentada y reforzada por nuestra vida de oración. Esto es lo que San Pablo recomienda en la segunda lectura. En este sentido, debemos orar continuamente el uno por el otro, alentado y fortaleciendo el uno al otro en cada buena acción y palabra. Del mismo modo, el que dedica su vida a la palabra del Señor debería ser una persona de oración. En el tiempo de adversidad y crisis, tenemos que orar de modo que podamos ser librados de la perversidad maldad. Sólo la oración puede guardarnos unidos con Dios, con serenidad, calma y tranquilidad hasta el día anterior de nuestra vida, donde encontraremos al Señor y seremos resucitados a la vida eterna en su reino. Es la gracia que tenemos que pedir en esta celebración. ¡Que Dios bendiga a todos y cada uno de ustedes en Jesucristo!



Fecha de Sermón: Noviembre 11, 2007
© 2007 – Padre Felicien Ilunga Mbala
Contacto: www.mbala.org
Nombre de Archivo: 20071111homilia.pdf